



Escribe CARLOS ESPLÁ

Corresponsal Permanente de NOTICIAS GRAFICAS en París

Es Angustiosa la Situación de los Miles De Españoles Refugiados en Francia

PARIS, junio de 1939. (Por avión). — Vietor Basch, profesor de la

Sorbona, y Paul Langevin, director del Instituto de Física, presiden en París el Comité Internacional de coordinación para la ayuda a la España Republicana. Estos dos insignes varones representan lo más puro y noble de la conciencia francesa. Gracias a su abnegado esfuerzo, a su tenaz labor, se remediaron muchos sufrimientos y se atendió a muchas necesidades durante la guerra. ¿Cuántos niños deben la vida a estos dos hombres, cargados de años y de ciencia! Al terminar la guerra, el esfuerzo del Comité Internacional se ha consagrado a la defensa y ayuda de los españoles refugiados en Francia. ¿Tremendo problema! Para comprender toda su extensión es preciso haber contemplado el éxodo angustioso de centenares de miles de personas, amenazadas por las tropas de Franco, perseguidas por los bombardeos aéreos, que cruzaban la frontera de los Pi-

rineos durante aquellos días fríos de comienzos de febrero, bajo la lluvia, a pie, en caravanas de dolor y de miseria.

Las autoridades francesas se vieron sorprendidas y desbordadas por la magnitud del problema. Hubo que improvisarlo todo. Se instalaron campos de concentración para los hombres, cerca de la frontera. Mujeres, niños, ancianos y enfermos fueron enviados al interior, repartidos en refugios provisionales. Se hospitalizó a muchos heri-

dos. Francia no desmintió su tradición humanitaria. Amarguras y penalidades tuvieron que soportar, sin embargo, los refugiados, no por culpa del gobierno francés, que dio pruebas de generosidad, sino de ciertos funcionarios subalternos que parecían complacidos en desfigurar la verdadera imagen de Francia. A pesar de todo, a pesar de los campos de concentración, los refugiados españoles no olvidan que gracias a Francia, hospitalaria y liberal, han salvado la vida.

La presencia de 500.000 españoles en Francia representa para este país un gasto diario de unos diez millones de pesetas. Para contribuir a los gastos, la U. R. S. S. dió, por una sola vez, cinco millones de francos... Creyó el gobierno francés que gran parte de los emigrados volverían a España. Pero ni Franco abre la frontera, ni los republicanos españoles quieren volver adonde les esperan feroces represalias. Es más: clandestinamente, por ocultos senderos de montaña, cada día llegan a Francia más españoles, que huyen de la represión franquista. Y, por otra parte, varios miles más han llegado embarrancados a las costas argelinas.

¿Qué va a hacer Francia con tal cantidad de emigrados? Su primer impulso fué considerar esta cuestión como un simple problema de policía. Grave error, que se explica, sin embargo, por la inculcable campaña de cierta prensa que presenta a la mayoría de los españoles como verdaderos indeseables. Ya se ha comprobado la injusticia de esa campaña. La conducta de los refugiados, a pesar de todas las adversidades y de los sufrimientos físicos y morales, ha sido ejemplar. La policía no tiene otra cosa que hacer entre ellos que lo que haría entre otra cualquiera muchedumbre humana. Una reciente circular reservada del Ministerio del Interior a los prefectos, constituye, a este respecto, un significativo homenaje a la honorabilidad y a la dignidad de los refugiados españoles. Pocos grupos humanos son capaces de pasar por la misma prueba que ellos con la misma disciplina moral.

PERO. ¿qué hacer con ellos?
¿Cómo absorberlos rápidamente en la vida económica del país? Méjico ha ofrecido recibir en su suelo a unos cuantos miles. Ya han comenzado las expediciones. Y, para menor número, Chile parece dispuesto también a abrir sus puertas. Para la U. R. S. S., se han embarcado algunos centenares de comunistas... Eso es todo.

El Comité Internacional de Coordinación considera indispensable una colaboración de todos los países democráticos para dar facilidades de residencia y trabajo a los refugiados, entre los cuales figuran excelentes obreros especializados, agricultores, universitarios, técnicos, hombres de empresa e iniciativa. Su primer lugar, Víctor Basch y Langevin han hecho un llamamiento al espíritu de humanidad de su propia patria. Francia puede absorber, efectivamente, en su economía agrícola e industrial, a gran parte de los refugiados. La delegación internacional del Comité de Coordinación, que acaba de visitar los campos de concentración y que ha dado a conocer situaciones muy dolorosas, trae, en ese sentido, informaciones de mucho interés. Por ejemplo: el subprefecto de Orleanville (Argelia) ha organizado verdaderas colonias familiares, próximas a las ciudades, en las que los es-

pañoles van lentamente incorporándose a la vida económica del país. Una frenética campaña de los elementos derechistas de Argelia no ha detenido a este excelente funcionario en su obra meritoria. Pero al lado de este magnífico ejemplo, otras autoridades han creído mejor instalar en zona casi de desierto el campo de Boghari, donde dentro de pocas semanas escaseará el agua y los tres mil españoles reunidos allí sufrirán temperaturas de invierno, y donde el coeficiente de enfermería es ya crecidísimo. ¿No demuestra ello

que la buena o mala voluntad de los funcionarios y autoridades subalternas puede influir de modo decisivo en la solución del problema o en su agravación?

— ¿Cómo lograrlo? — me preguntaba recientemente Víctor Basch.

— Consigan ustedes — le contesté — que el Gobierno confíe esa misión al subprefecto de Or-

leanville. Lo que él ha hecho en pequeño, puede intentarlo en grande. No olvide usted que, de 800.000 europeos residentes en Argelia, 350.000 son españoles, y que ellos han sido los mejores obreros de la colonización de aquellas tierras. ¿Y no podrían instalarse otros miles de españoles en Túnez? ¿Acaso disgustaría a nuestro amigo Laponne ver contrarrestada en el protectorado la influencia de los italianos fascistas?...

ESTOY enterado de que estas noticias van abriendo camino en el seno del gobierno francés, aunque se trata de un proceso lento y de una cuestión muy difícil y delicada. Ya algunos obreros industriales — especialmente metalúrgicos — encuentran facilidades para trabajar en Francia. Víctor Basch y Paul Langevin, al mismo tiempo que luchan ardentemente para que termine el régimen de los campos de concentración, buscan el medio de asegurar a los refugiados españoles una vida digna y libre. "Deben ser tratados como amigos y como héroes", dice, en un escrito reciente. Para ello solicitan la ayuda de todos los países democráticos. ¿Será oída su voz, atendido su llamamiento humano?

CARLOS ESPLÁ

A.P.C.E.
SIG.: 1,2 d/1000

pañoles van lentamente incorporándose a la vida económica del país. Una frenética campaña de los elementos derechistas de Argelia no ha detenido a este excelente funcionario en su obra meritoria. Pero al lado de este magnífico ejemplo, otras autoridades han creído mejor instalar en zona casi de desierto el campo de Boghari, donde dentro de pocas semanas escaseará el agua y los tres mil españoles reunidos allí sufrirán temperaturas de invierno, y donde el coeficiente de enfermería es ya crecidísimo. ¿No demuestra ello